

LOS JÓVENES DE HACE 30 AÑOS Y LOS DE HOY

Gerardo Estrada

Una de las mejores maneras de entender el profundo significado que tuvo el año de 1968 para la historia, no sólo de México sino del mundo, es partir de dos premisas fundamentales:

1. Los movimientos estudiantiles del 1968 constituyen una de las primeras expresiones de la globalización de las relaciones sociales y políticas en nuestra época, y

2. La única explicación posible de esta coincidencia histórica, de este cruce geográfico y generacional, es que estos movimientos tuvieron un carácter cultural en el más amplio sentido del término, lo que significa que no sólo estamos hablando de situaciones artísticas, sino de costumbres, modas, objetos, etcétera.

En el primer caso, si analizamos la cronología de todo lo que sucedió en el año de 1968 en el mundo, nos encontramos con uno de los años más nutridos en hechos políticos y sociales de enorme significación. Desde el asesinato de Martin Luther King, pasando por la primavera de

Praga y concluyendo con el 2 de octubre mexicano, el paisaje mundial está lleno de hechos fundamentales.

Ciertamente la mayor parte de ellos comenzaron a gestarse años antes. La década de los sesenta es quizás una de las más proliferas en cuanto al impacto que determinadas innovaciones científicas y tecnológicas tuvieron para la vida cotidiana de las personas.

Quisiera mencionar sólo dos para advertir el tamaño de sus consecuencias.

La primera se refiere a la comercialización masiva de la píldora anticonceptiva femenina. Por primera vez en la historia, las mujeres rompían lo que hasta entonces era una sujeción a la naturaleza y podían decidir libremente sobre el momento de embarazarse y en consecuencia sobre el "uso" de su cuerpo.

El impacto social de este hecho ha transformado los últimos 30 años. La concepción de lo femenino de una manera radical. Ningún discurso feminista ha hecho tanto por lograr la igualdad de los sexos como este pequeño invento.

No porque la existencia de las mujeres tenga que resumirse en su sexualidad, sino porque la condición femenina en muchos ámbitos está determinada por el hecho del embarazo. No sólo su vida personal sino sus aspiraciones profesionales se limitan y se marcan por el embarazo. Aun hoy en día sigue habiendo limitantes laborales para las mujeres que se embarazan, hay que pensar lo que esto significaba antes de la píldora anticonceptiva, cuando no había posibilidad alguna segura de planificación familiar.

La segunda innovación tecnológica importante se refiere a la globalización real, cotidiana, efectiva, de la información a través de los medios de comunicación. La primera transmisión mundial de un programa de televisión tuvo lugar en el año de 1967 y como dato significativo de ella, hay que recordar que éste terminó con la transmisión de una canción de los Beatles, grupo simbólico e ícono por excelencia de los jóvenes de aquellos días, que proponía que el secreto para lograr el bienestar individual y colectivo residía simple e ingenuamente en una frase: "*all you need is love...*"

Estos antecedentes pesaron profundamente en la conciencia de los jóvenes de aquel entonces. La vida había cambiado de una manera determinante. Los seres humanos cambiábamos nuestra manera de comunicarnos. Si antes el sueño de una conciencia universal era una idea, una aspiración, ahora aparecían los instrumentos que harían esto posible.

Ciertamente ya desde la Revolución francesa había una universalización de valores e ideas, y más tarde de usos, de costumbres, y hasta de productos de consumo, pero nunca antes se había tenido la posibilidad de la inmediatez, de la simultaneidad de la información.

No en balde Jean Luc Godard, el cineasta de la nueva ola francesa, definió esta generación como la de “Los hijos de Marx y Coca-Cola”.

En efecto, las generaciones universitarias de esa época, estábamos marcados por las ideologías políticas, por los sistemas de valores religiosos. Aunque ya se conocían las denuncias sobre los procesos stalinistas y la consecuencia de los errores del fascismo y el mundo se tornaba más laico cada día. De todas maneras el lastre de la obligación, de creer, de afiliarse a algo, persistía.

Aunque ya se había publicado a Orwell, en su amenazador *1984*, de todas maneras nos hacíamos la ilusión de que podía haber ideas que pudieran hacer posible la utopía, el paraíso en la tierra.

Por otro lado, ese paraíso parecía muy cercano en la medida en que en esos años la sociedad de consumo se extendía por todo el mundo.

Es paradójico que gran parte de las manifestaciones estudiantiles tuvieran lugar en países en que por primera vez las clases medias disfrutaban de una amplia posibilidad de consumo y de una situación esperanzadora en términos económicos.

La economía europea marchaba mejor que nunca y cosa similar podía decirse de la economía de un país como México que alcanzaba en esos años los grandes frutos del llamado desarrollo estabilizador.

Los jóvenes éramos parte por primera vez del mercado del consumo, y por primera vez en la historia del comercio, parte importante de los esfuerzos en mercadotecnia en diversos artículos —desde los discos hasta la ropa— estaban dirigidos fundamentalmente a la juventud.

La consigna de la época era el cambio, la revolución, no entendida

ésta como la lucha armada, sino como la transformación de la sociedad en un mundo más libre e igualitario. Idea que estaba presente en todas partes. Las mujeres acortaron sus faldas, los hombres se dejaron crecer el pelo, los *jeans* se volvieron el uniforme de una generación, dejando de ser la ropa de uso de los obreros, para convertirse en una obligación de la moda.

El lenguaje se transformó, se liberó el uso de las palabras prohibidas, se sacaban a la calle; el sexo dejaba de ser algo vergonzoso y se convertía en una celebración de la vida contra la guerra y contra la violencia.

La consigna de que la imaginación tomaría el poder escrito en los murales de Nanterre y de La Sorbona, se multiplicaba. Por todas partes en el mundo, nadie pretendía tomar las armas, ni siquiera los jóvenes checos frente a los tanques rusos. Creíamos que con tener la razón moral bastaba para enfrentar el poder. Las ideas, otra vez: la imaginación era la única arma posible. No es gratuito que el movimiento del 68 heredara una generación pacifista por excelencia: los *hippies* y su florida revolución.

Otros rasgos importantes de los jóvenes de aquella época, nos remiten fundamentalmente a la toma de conciencia de que a pesar de las múltiples promesas del socialismo existente, del capitalismo vigente y de la lucha por el desarrollo económico en el Tercer Mundo, las estructuras políticas tal y como estaban operando en ese momento, incluso las que se suponía abocadas al cambio, no funcionaban más. 68 no sólo contestó a las estructuras gubernamentales, sino a los partidos políticos, de todos los sinos ideológicos, a los sindicatos, a las organizaciones estudiantiles tradicionales.

De ahí el profundo contenido democrático de estos movimientos. Sin saberlo, sin proponérselo, los estudiantes de todo el mundo al impulsar una mayor libertad para diversos usos, estaban cuestionando la estructura política autoritaria y paternal, que caracterizaba incluso a los países más avanzados políticamente.

Esto es particularmente cierto para países como México, en donde cualquier cuestionamiento de autoridad, irreversiblemente, ponía en tela de juicio el autoritarismo paternalista, el ogro filantrópico de Octavio

Paz, que era un rasgo característico del entonces sistema político mexicano.

¿Qué ha cambiado hoy en día? Yo diría que mucho y que poco; mucho, porque efectivamente hoy los jóvenes son más libres, se expresan con mayor franqueza, tienen una relación más igualitaria con los adultos, empezando por sus padres y maestros, la informalidad se apoderó del vestido, del lenguaje, a veces con excesos que han empobrecido el lenguaje mismo y convertido en moda el mal gusto, lo que no es exclusivo de los jóvenes.

Por otro lado, los jóvenes de hoy son más informados en todas las clases sociales y en sus distintas ocupaciones. Saben más del mundo de lo que nosotros sabíamos.

Sexualmente también están más informados y una vez superada la borrachera que propicia los primeros años de liberación, asumen su sexualidad con libertad pero con mayor serenidad y menor obsesión.

El hecho de haber disminuido la culpa a través de la información parece que ha colocado esta actividad fundamental en su justo lugar.

Recientes encuestas en los Estados Unidos muestran que hay una tendencia al retraso de la iniciación sexual entre los hombres y mujeres en relación a las cifras de las décadas de los setenta y ochenta.

Todo ello es una ganancia sin duda alguna, sin embargo, hay algo que falta o de lo que a veces sentimos nostalgia quizá los hoy cincuentones. Quizá para los jóvenes no es importante, pero era importante creer. Hoy simplemente y en lugares determinados como éste, sigue habiendo convicciones religiosas e incluso hay nuevas tendencias en donde los jóvenes buscan un refugio en creencias esotéricas, particularmente orientales, pero tengo la impresión de que aunque se sigue creyendo, no es igual que antes, el espíritu laico se ha ampliado. Hace relativas todas las creencias, incluso las religiosas.

Ni qué decir de las ideologías políticas. La caída del muro de Berlín, el desmoronamiento de los países socialistas acaba por frustrar y desencantar a cualquiera que tuviera esperanzas en las ideologías y en los partidos políticos.

Hoy cada vez más se vota por las personas más que por las ideas o

los programas políticos. La tecnología ha terminado por convertir los procesos políticos en procesos de *marketing*.

Todo ello nos permite vislumbrar una juventud que si bien puede tener una mayor participación electoral que la que teníamos años antes, esto en realidad no implica un mayor nivel de politización, si por ello entendemos la posibilidad de emitir un juicio crítico y de hacer una propuesta de índole político.

Implica, pareciera ser, que los jóvenes ya no se apasionan. El pragmatismo de hoy, el sentido común imperante entre los jóvenes, pareciera que expresa sus miras al futuro únicamente en la búsqueda de una mejor perspectiva de bienestar económico. Ello no es ilegítimo pero evidentemente implica una pérdida de dos cosas fundamentales a mi juicio.

Por un lado, del sentimiento comunitario de la existencia, el individualismo que produce el pragmatismo hace olvidar que nuestro destino está ligado al de los demás y viceversa.

Cierto, en momentos de crisis puede aparecer la solidaridad como en 1985, pero esto no es una práctica cotidiana, ni siquiera espontánea, es como la caridad que se practica los domingos en la mañana.

Seguramente en estos días cuando ustedes vean algunos de los testimonios filmados sobre las manifestaciones, se preguntaran qué se sentirá como dice el poema de Mario Benedetti, hecho canción: “en la calle, codo a codo, somos mucho más que dos”.

También creo que la pérdida de la conciencia es lamentable, si la condición humana no ha cambiado radicalmente en 30 siglos, si acabamos siendo igual que el hombre de Nerdenthal, en Bosnia o en Acteal, pareciera que no habrá razón alguna para pensar que no podamos ser mejores y que no hay hoy propuestas, sin que tengamos información y datos y no sabemos cómo articularlos y si gran parte de la vida artística y cultural no hace sino reforzar esa decepción, esa crisis.

Si todo se reduce a un momento que pasa a la velocidad de un videoclip, si nuestros productos de consumo son todos desechables, porqué no habría de serlo también nuestras vivencia y nuestras ilusiones.

Hoy pareciera que se tiene miedo de tener conciencia, de pensar las

cosas, porque al hacerlo se sufre. Creo que esto es un subterfugio equivocado, de cualquier manera la vida nos alcanza a todos más temprano que tarde, las amenazas del mundo y de la vida se ciernen sobre nosotros y de ello es mejor tener una conciencia clara y eso es lo que hoy en las universidades y en cualquier lugar donde se reúnan los jóvenes pareciera que se rehuye.

Este pragmatismo y esta desesperanza que adivinamos o intuimos en las nuevas generaciones es producto de las frustraciones del mundo que heredaron de sus padres que son precisamente los miembros de la generación del 68. Con justa razón nos dirán que a qué viene el reclamo.

Efectivamente hay algo que no supimos transmitir y es que a pesar de que vivimos una etapa de frustraciones y desengaños, la verdad es que la humanidad se ha sostenido en toda la historia porque gran parte de los hombres se han negado a dejar de creer en valores fundamentales, como la libertad, la solidaridad, y el afán democrático, eso es lo más significativo a 30 años del 68 y está más presente que nunca.